

YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

(Villanueva, 1 de septiembre de 2025. Funeral por el Sacerdote Molina Olivares)

Con la tristeza de haber perdido un sacerdote, pero con la certeza de que Claudio vive, os saludo a todos vosotros, mis queridos sacerdotes, a vosotros feligreses de las parroquia de Esparragosa y Sancti Spiritus, en las que Claudio ejercía su ministerio sacerdotal, a las hermanas de Claudio y demás familiares, y a todos los aquí presentes: ¡*El señor os dé la paz!*

Cada vez que se nos muere un sacerdote sentimos la tristeza propia de quien sabe que alguien que le pertenece, alguien al que amamos, se nos va. En momentos así sentimos dolor y tristeza, a la vez que tomamos conciencia, todavía mayor, de nuestra fragilidad, también eclesial. Toda muerte supone un desgarramiento provocado por la separación, la sorpresa y la dificultad para asimilarla y comprenderla. Por otra parte, la muerte de un ser querido nos hace sentir la impotencia ante tal realidad y ante la cual nos viene espontáneo decirle a Jesús, como un día le dijo Marta: “Señor, si hubieras estado aquí nuestro hermano no hubiera muerto (cf. *Jn 11, 21-35*).

Y en medio de esta situación de desconcierto por una muerte inesperada, Jesús viene a nuestro encuentro para fortalecer nuestra debilidad e iluminar nuestras vidas. Y lo hace susurrándonos al corazón: *Tu hermano vive, tu hermano resucitará*. Unas palabras que no aminoran ciertamente el dolor, ni las preguntas, pero que nos dan serenidad para afrontar el futuro. Una serenidad que brota siempre de la esperanza: la esperanza del triunfo de Cristo sobre la muerte; la esperanza de que la muerte no tiene la última palabra, sino que es un paso hacia la vida; la esperanza de saber que hoy nuestro hermano Claudio nos está diciendo, como un día dijo Santa Teresita antes de morir: “No muero, entro en la vida”.

Efectivamente, para el creyente, mucho más para un sacerdote, *la muerte no es el final de la vida, y aunque morimos no somos carne de un ciego destino*. Y mientras afirmamos con fuerza nuestra fe en la resurrección confesamos: *Tú nos hiciste, tuyos somos, nuestro destino es vivir, siendo felices contigo, sin padecer ni morir*.

Siento que Jesús, ante la muerte de nuestro hermano Claudio y la escasez de sacerdotes que estamos experimentando, hoy más que nunca se acerca a nosotros para ofrecernos su paz: “Mi paz os dejo, mi paz os doy” (*Jn 14, 27*). Jesús se acerca a nosotros para decirnos: *Creed en mí, “No se turbe vuestro corazón”* (*Jn 14, 1*), pues “yo soy la resurrección y la vida” (*Jn 11, 25-26*)

Hoy damos sepultura a un sacerdote. Una vida, la de un sacerdote, marcada por el amor. El amor, en primer lugar, de Jesús por él. Amor que le llevó a mirarlo con ternura para decirle, como a Mateo: “Sígueme” (*Mt 9, 9*). El amor con el que Claudio respondió a esta llamada, primero como religioso en el Instituto de Hermanos de la Caridad y luego como sacerdote diocesano. El amor que Claudio sembró durante toda su vida sacerdotal: celebrando la Eucaristía, sacramento del Amor, y repartiendo el pan de la palabra para el pueblo que se le encomendó; administrando los demás sacramentos, particularmente el de la penitencia o reconciliación que nos hace experimentar el amor sin límites de Dios; el amor desplegado en todo lo que hizo y dijo, particularmente en lo relacionado con el mundo del trabajo, al que nuestro hermano Claudio era particularmente sensible. El amor con el que abrazó su enfermedad... Así es la vida de un sacerdote: parte del amor, crece en el amor y culmina en el

amor. Bien podemos aplicar a un sacerdote lo que decía Santa Teresita de su vocación en la Iglesia: Mi vocación, mi misión en la Iglesia es el amor. No es otra, mis queridos sacerdotes. Como la de Teresita, la vocación del sacerdote en la Iglesia, la vocación y misión de Claudio, y de nosotros sacerdotes, es la de ser reflejo del amor de Dios por todos, particularmente por los últimos. La vida de Claudio, como la nuestra, encuentra pleno sentido siendo en la Iglesia el amor, vivir en el amor, gozar del amor... y ello a pesar de la sinrazón con que a veces la afrontamos.

Damos sepultura a un sacerdote y mientras pedimos a Claudio que interceda ante al “amo de la mies” que envíe sacerdotes a nuestra archidiócesis, pido a toda la asamblea, particularmente a los sacerdotes, que oremos constantemente y trabajemos sin descanso por la vocaciones sacerdotales. Es una responsabilidad de todos los creyentes, pero de un modo particular de aquellos que hemos acogido la llamada del Señor y le seguimos en la vida sacerdotal. Oremos confiadamente. El señor escuchará nuestra súplica. Y si la oración y el trabajo por las vocaciones es una responsabilidad de todos los aquí presentes, el vivir en fidelidad y con gozo nuestra vocación sacerdotal es una grave responsabilidad de cada uno de nosotros sacerdotes, de tal modo que podamos invitar a los jóvenes que encontramos en nuestro camino, como hizo Jesús: “ven y verás” (cf. Jn 1, 35-42).

Teresita del Niño Jesús murió diciendo: “Dios mío, te amo”. Seguramente ésta ha sido la confesión existencial de Claudio: un sacerdote callado, discreto, dedicado al pueblo de Dios que le ha sido confiado. Sea también ésta la confesión existencial de todos los aquí presentes. Entonces el Señor nos dirá: “Venid benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo” (Mt 25, 34).

Entra, querido hermano Claudio, en ese Reino. Te acompañe la Virgen Madre en la advocación de la Virgen de la Cueva. A ella, Madre de misericordia te confiamos. Interceda también por ti San Francisco de Asís, titular de esta parroquia en la que naciste a la vida en Cristo. A Dios, hermano Claudio. Eras de Dios, a él le pertenecías, a Dios te entregamos. D.E.P. *Fiat, fiat, amén, amen.*